

Grinor Rojo

Acaba de aparecer y circula por Santiago la traducción al alemán (*Wölfe und Schafe*, Berlín, Verlag Christian Rohr, 1989) de un libro esencial en el panorama de la poesía chilena de las últimas décadas. Me refiero a *Lobos y ovejas*, de Manuel Silva Acevedo, un poema largo que el autor escribió en 1968, que se mantuvo clamorosamente inédito hasta 1975, que después ha sido seleccionado en cuanta muestra de poesía chilena y latinoamericana anda por ahí y siempre recabando el aplauso de la gente que entiende de estas cosas (Cfr.: los de Pedro Lastra y Antonio Cisneros, en entrevistas recientes para *Literatura y Libros*; y el de Carmen Foxley, en el último número de la *Revista Chilena de Literatura*).

Mi opinión es que el gran tema de *Lobos y ovejas* es el de la mutabilidad de lo real o, lo que viene a ser lo mismo, el de la existencia de lo diverso en lo unitario, de lo heterogéneo. Este asunto, cuyas raíces mediatas son rastreables en la dialéctica de la naturaleza y en el evolucionismo decimonónicos, no es sin embargo privativo del pensamiento de un Engels o de un Darwin. Existe también dentro de tradiciones que están bastante a trasmano de la perspectiva científica o seudocientífica del siglo XIX europeo. Así, el *I Ching* de los chinos lleva como subtítulo de el *Libro de los cambios*, y la misma premisa reaparece en la doctrina de las reencarnaciones que es propia del misticismo de los vedas. Por último, un ejemplo que se le adecúa con particular consistencia es el de Ovidio, quien en los versos iniciales de las *Metamorfosis* declara que tratará en su poema de "cuerpos que adoptan formas diferentes".

En el filo de lo precario

Pero, cualesquiera sean las referencias tradicionales aprovechables en una nueva lectura de este pequeño gran libro de Manuel Silva Acevedo, más interesante que el pedigree mayor o menor de la intuición que le sirve de base es la intuición misma: el sentimiento de que la existencia humana prospera siempre instalada en el borde de su descabro, haciendo eses sobre el filo de lo precario, de lo frágil, de lo que puede ceder y trasmutarse en menos tiempo del que cuesta pensarlo. Quien habla así en el primer fragmento del poema de Silva lo hace posicionado/a a la expectativa de un parto y el que no sólo es la antesala de la aparición del otro, sino también el indicio de la desaparición del uno en (con) la aparición de ese otro. De ahí en adelante, el lobo, la oveja y el pastor seguirán tronzándose en un ballet de absorciones recíprocas, pues su forma y su función han sido desencajadas de la catequística fijeza del ideograma originario. En el fondo de cada uno palpita ahora la inminencia "pertubadora" de los otros dos.

Reivindicado franciscanamente, el lobo malo de la parábola cristiana se transforma en el fragmento tercero en la bestia monologante

Hace veinte años muchos en Chile creían que las ovejas habían despertado por fin, más allá de los deseos del pastor y más allá inclusive de los deseos del lobo. Así parecía insinuarlo Manuel Silva Acevedo en *Lobos y ovejas*, pero también escondía la posibilidad del sarcasmo.

de *Los motivos del lobo*. Dos son los rasgos que Silva selecciona en su lectura del maestro Rubén. El primero es el descubrimiento de la propia alteridad, al ponerse el lobo en contacto con la canalla del mundo, y el segundo es el deslizamiento de esa alteridad en su conciencia al modo de una revelación:

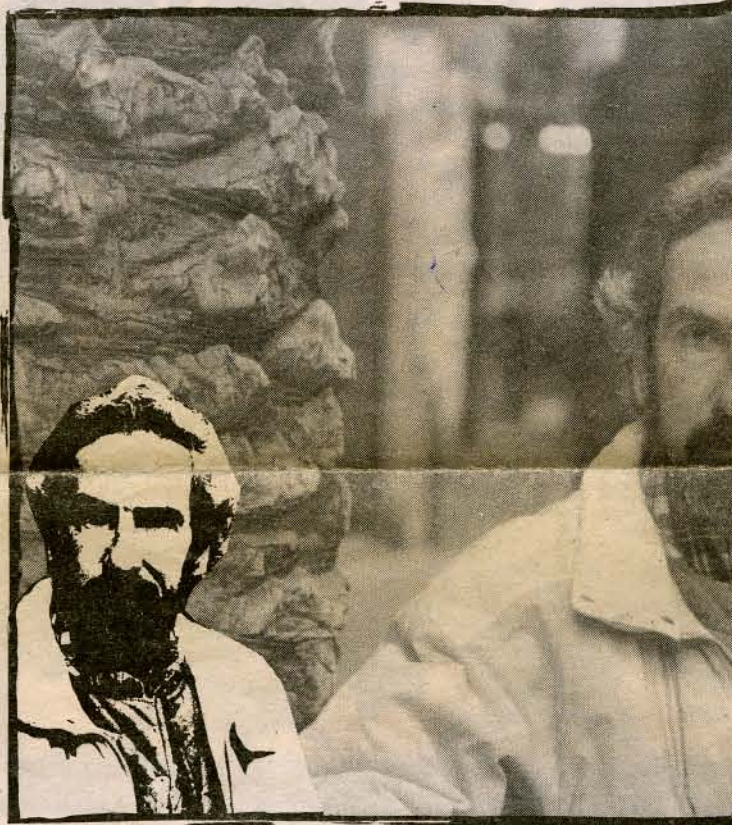
*Yo, la oveja soñadora,
pacía entre las nubes,
pero un día la loba me tragó
y yo, la estúpida cordera
conocí entonces la noche,
la verdadera noche,
y allí en la tiniebla
de su entraña de loba
me sentí lobo malo de repente.*

En este caso, la revelación de la diferencia tiene lugar en la concavidad de la loba, en el interior de eso que la *oveja soñadora* podría llegar a ser o llegará a ser probablemente. De igual manera, el lobo dariano vuelve a su condición de fiera solitaria desde el mundo de los hombres en cuya concavidad lo instalara la abnegación ingenua de Francisco de Asís. Es ahí, en su trato con la malicia humana, donde ha aprendido a verse como el que es, donde ha llegado a reconocerse como bestia dañina.

Derecho a la utopía

¿Hay en el poema de Silva Acevedo una "historia"? Hace años a mí me pareció que se podía responder afirmativamente a esta pregunta. Pensé entonces que era posible desovillar en *Lobos y ovejas* el hilo de una cierta con/secuencialidad, como la que suele distinguirse en los análisis narratológicos, e incluso llegué a escribir que las puntas extremas de ese proceso eran la aspiración y la decisión: el deseo de cambio, en una punta del discurso poético, esto es, la aspiración de la oveja a ser la loba —o el lobo, pues parte de su incertidumbre es genérica—, y su cumplimiento, por lo menos mental, en la otra.

Pero si el fragmento primero de *Lobos y ovejas* es legible en términos del tercero y a la inversa, y si lo mismo sucede con todos o casi todos los demás, entonces la historia (toda historia) es circular y sin que (paradójicamente) ello le impida al lobo de Silva reivindicar con



obstinación insensata su derecho a la gran utopía:

*¡No es menester un amo!
Amor es menester, amor lobuno.
El lobo más feroz ama a su loba
y escarba y huele y hurga
y le clava los ojos y la escucha
y la loba celeste de las
constelaciones
mueve la cola y ríe y lo saluda.*

No hace falta hurgar demasiado en los buenos deseos de este espléndido fragmento de *Lobos y ovejas*. Bastará con que enumeremos aquí su tono exaltado, su proclamación de la necesidad del amor, su defensa de la pasión masculina, el elogio de la pareja, la valoración de los sentidos, la confianza en la posibilidad de la comunicación, el luminoso platonismo y, sobre todo, el lenguaje terso, diáfano, aliviado por completo de augurios malignos. En otro tono, el fragmento diez nos entrega el siguiente retrato del lobo:

*Lobo a penalidad,
lobo y a ciegas,
lobo a fatalidad,
lobo a porfía,
lobo de natural,
lobo de ovejas,
pastor a dentelladas,
aullador de estrellas.*

Este retrato, al que se agregarán nuevos rasgos en los fragmentos doce, trece y catorce del poema, construye el perfil de la bestia delinciente con una urdimbre de rasgos pareados y vagamente opuestos: a penalidad y a ciegas, de natural y de ovejas, a dentelladas y aullador de estrellas. Es decir que el lobo de Silva es el que es porque no puede sino serlo, pero además eso es lo que él desea con toda la fuerza de su alma. También, así como es un lobo desfalleciente y sin luz, es por otro lado un lobo brutal y de dentellada precisa. Es, por último, un lobo con la pata amarrada a la tierra pero aullador incansable hacia lo alto. Desde el fragmento diecisiete, se incorpora en el diálogo de *Lobos y ovejas* la figura del pastor:

*El pastor y la loba buscaban
/la cordera,
persiguiendo a la oculta
/treparon la ladera.
Se encontraron los dos,
/báculo y zarpa,
el pastor fue más hábil,
/la loba derrotada.
Y a los pies del zagal,
la cordera perdida
/surgió de los depojos.
de la loba abatida.*

Diseño triangular

Este diseño que ahora abarca el pastor es triangular, y en él la oveja es el ángulo superior en cuyo seguimiento ascienden, trepan la ladera los dos inferiores. En el punto de encuentro, sin embargo, y que tendría que ser también el punto de hallazgo de la cordera, no es eso lo que ocurre sino un enfrentamiento entre el báculo de la ley, por un lado, y la zarpa de la transgresión por el otro. El triunfo será del báculo, aunque a los pies del pastor la cordera perdida surgió de los depojos/ de la loba abatida. *Lobos y ovejas* se cierra con el fragmento veintidós:

*Se engaña el pastor,
se engaña el propio lobo.
No seré más la oveja en cautiverio
El sol de la llanura
calentó demasiado mi cabeza
Me convertí en la fiera milagrosa.
Ya tengo mi lugar entre las fieras.
Ampárate pastor, ampárate de mí.
Lobo en acecho, ampárame.*

En este fragmento final de la serie ella retoma la exaltación de todos los éxtasis epifánicos en la poesía de Manuel Silva Acevedo. Pero, ¿no se trata sólo de un arrebatado fugaz? Me refiero al de un sujeto que, poseído por el delirio de significar, distiende sus fuerzas hasta llegar al "estallido" pero que poco después las recoge como un molusco cuando siente sobre el lomo la gota agria del limón.

Por cierto, yo no quiero que se me acuse de aprovechar los versos de Silva para dar salida a una agenda civil que en la coyuntura actual de América Latina y del mundo no parece hallarse muy de moda, pero ¿es que ya nos hemos olvidado de que hace veinte años fuimos muchos, muchísimos los que en Chile creímos que las ovejas habían despertado por fin, más allá de los deseos del pastor y más allá inclusive de los deseos del lobo? Como Manuel Silva Acevedo en este último fragmento de *Lobos y ovejas*, pensamos entonces que el pastor no volvería a esclavizar nunca más a las corderas ni su bastón a ser nunca más la cruz de los lobos. El tiempo de liberarse del cautiverio, el del advenimiento del ser pleno, había llegado por fin. Estábamos a un tris de convertirnos en fieras milagrosas.

Pero si alguien hubiese tenido la suficiente sangre fría como para atreverse a escarbar en el fondo de tanta necia arrogancia, como yo escarbo ahora en el fondo de este postro fragmento de *Lobos y ovejas*, hubiera descubierto allí quizás la insinuación de un sarcasmo. Porque, ¿no habrá sido que el sol de la llanura, el sol del valle, calentó nuestras cabezas demasiado?

